

apuntadas. En casos tales, revelan los poetas la estrechez de miras y debilidad consecuentes á la crítica que los ha formado; y si su timidez les preserva de incurrir en absurdos de cuenta, sacrifican en cambio y sin cesar la naturaleza y la razón á las leyes arbitrarias del gusto, cometiendo á cada paso faltas gravísimas por sí mismas, en su deseo de no incurrir en ninguna de las prohibidas por el código ridículo á que se sujetan. No decimos con esto que les fueran superiores sus antepasados; pero aún siéndoles inferiores, y en punto á crítica más principalmente, les aventajaban en aquello que no dependía de la crítica, como ya hemos procurado demostrarlo, escribiendo bien y juzgando mal.

Con el tiempo logran formarse los hombres idea más razonable y espaciosa de la literatura; el análisis de la poesía, que no puede seguir siendo siempre imperfecto, se acerca más y más á la verdad; se aprecia en su justo valor el mérito de los modelos admirables de la antigüedad; no se tasan en más de lo que valen las frías producciones de cierta época posterior; aparecen imitaciones agradables é ingeniosas de los grandes maestros; en parte, renace la poesía, pudiendo decirse de esta su resurrección lo propio que del veranillo de San Miguel, el cual, tras larga serie de días desapacibles y malos, nos recuerda los esplendores del mes de Junio; y se reeoge segunda cosecha, entónces, aunque inferior á la primera por no consentirla igual el cansancio del suelo. Así es cómo en nuestros días Monti consiguió imitar con éxito y aplauso el estilo de Dante, y algunos autores ingleses recordar la inspiración del reinado de Isabel; pero ni la Italia producirá otro *Infierno*, ni la Inglaterra otro *Hamlet*. La belleza de las imitaciones modernas, con ser mucha, nos causa

efecto parecido al de las flores dispuestas artísticamente y colocadas en jarrones y tibores sobre las mesas de una sala, y que contemplándolas, nos trasportan del lugar en que las vemos á los apartados retiros silenciosos donde abrieron sus capullos con exuberancia natural, llenas de aquella lozania, color y vida que no tienen ya en medio de la magnificencia y grandeza artificial que las rodea. Y si nos fuera lícito emplear otra imágen que aún expresara mejor nuestro pensamiento, la tomaríamos también de labios de la reina Scheherazada, y compararíamos el suceso de los escritores de la escuela dicha con el de los artifices que recibieron encargo de acabar la ventana incompleta del palacio de Aladín; porque después de haberse puesto en ejecución cuanto el arte y la riqueza combinados pueden hacer de más prodigioso; después de saquear palacios y bazares para descubrir piedras preciosas, y después de apurar ingenio, habilidad y perseverancia en su colocación, todos los esfuerzos humanos fueron nada para producir algo comparable siquiera con las maravillas y portentos que un espíritu superior realizó en el espacio de una sola noche.

La historia de todas las literaturas que conocemos confirma, en nuestro sentir, los principios que acabamos de sentar. En Grecia vemos la escuela de la imaginación degenerar poco á poco en escuela crítica: Sófocles sucede á Esquilo y á Píndaro; Eurípides á Sófocles, y á Eurípides los versificadores alejandrinos, entre los cuales solamente Teócrito nos dejó producciones dignas de leerse. Pero aquellas maravillas tan prodigiosas y grotescas del teatro antiguo, tan ricas de colores brillantes, pobladas de tanta muchedumbre de seres fantásticos, animadas de música suave y melodiosa y de las risota-

das de los duendecillos, desaparecieron para siempre. Las obras más selectas del teatro moderno las conocemos solamente por medio de buenas traducciones latinas; pero si, á juzgar de ellas y de las palabras de los críticos antiguos, es evidente que los originales rebosaban de gracia, elegancia, ingenio y buenos sentimientos, no lo es ménos que ya no palpita en ellos el poder creador; y que si Julio César pudo llamar con razon á Terencio *medio Menandro*, hartó probó con esto que Menandro no valia la cuarta parte que Aristófanes.

La literatura romana fué continuacion de la griega; y como los discípulos partieron del punto á que habian llegado los maestros con el esfuerzo de generaciones sucesivas, puede muy bien decirse que les faltó completamente casi el período de invencion original; como que los únicos poetas latinos cuyos escritos demuestran imaginacion vigorosa son Lucrecio y Catulo, y que no ha producido nada superior á sus mejores pasajes el siglo todo de Augusto.

En Francia, un bufon famoso demostró más talento que la corte de Ninon de Lenclos y de Mad. Geofrin, y aunque parezca extraño, débese decir que sus sucesores literatos han sido tan circunspectos y fastidiosos como maestros de ceremonias.

En España é Italia sufrió la poesia igual trasformacion; pero en ninguna parte fué tan rápida y completa como en Inglaterra, donde los mismos que aplaudieron en su infancia la primera representacion de la *Tempestad*, pudieron leer ántes de ser viejos los primeros poemas de Prior y de Addison; cambio que debia, en nuestro concepto, verificarse más tarde ó más temprano; pero cuyo desenlace y carácter precipitaron y modificaron los sucesos po-

líticos de la época, y más principalmente dos circunstancias: la prohibicion de los espectáculos teatrales durante la República, y la Restauracion de los Estuardos.

Hemos dicho ántes que las facultades críticas y las poéticas son, no solamente diversas, mas incompatibles casi, y añadiremos ahora que prueba la exactitud de nuestra observacion el estado de la literatura inglesa durante los reinados de Isabel y de Jacobo I, por haber sido entónces cuando parecieron las obras de imaginacion más extraordinarias que se hayan corocido en el mundo y ser al propio tiempo el gusto nacional de lo peor que pueda imaginarse; constituyendo lo que á la sazón se reputaba por buen estilo juegos de palabras, antite-sis repetidas sin ninguna oposicion verdadera entre los pensamientos expresados con ellas, alegorías forzadas, alusiones pedantescas, en una palabra, cuanto es afectado y ridiculo en el fondo y en la forma, pues en el foro, en la cátedra y en el consejo se abusaba de los *concelli* al punto de aventajar á los pastores poetastros de las academias italianas, y que hasta el mismo Rey los hacia desde el trono. Pero si podemos consolarnos pensando que S. M. era necio, en cambio nuestra tristeza se acrecienta, recordando que tambien jugaba del vocablo el gran canciller, cuando ejercia este oficio lord Bacon. Excusado nos parece hablar de Sidney y de la legion de los *cusuistas*, pues hasta el mismo Shakspeare, poeta eminentísimo, el mayor de cuantos han existido, incurre en idéntico defecto cada vez que intenta extremar la elegancia de su estilo. Pues si cuando se abandona y deja llevar de los impulsos naturales de su imaginacion, son sus producciones no sólo cuanto hay de más bello, encantador y su-

blime, sino de más perfecto, siempre que lo secundan sus facultades críticas se coloca sin poderlo evitar al nivel de Cowley, haciendo mal aquello que Cowley hacía bien; como que todo cuanto hay en sus obras de poco valor es así con arte y de propósito deliberado, y cuanto hay de sublime producido cuando no se preocupa de inquirir si es ó no bueno siquiera; lo que hace que, al modo de los ángeles de Milton, «sólo forzado desciende, y áun así difícilmente,» por ser su tendencia natural remontar el vuelo á inconmensurable altura y batir sus alas en la inmensidad. Shakspeare nos recuerda cada vez que da con su estilo en los abismos del culteranismo á los caciques americanos que poseían tesoros inagotables de los metales á que dan nombre de preciosos las sociedades civilizadas, y cuyo valor desconocían tan completamente, que á trueque de una sarta de cuentas de cristal llevada de Europa, ó de cascabeles, ofrecían riquezas de más valla que la corona imperial de poderoso monarca.

Hemos procurado demostrar que las artes de imitación desmerecen á medida que van extendiéndose los conocimientos, y que la razon humana crece y se desarrolla; y así sucede por regla general, pues se advierte, que mientras el espíritu de la poesía decae y se postra en las clases ilustradas de la sociedad, las grandes obras de la imaginacion que aparecen en los tiempos esencialmente consagrados á la crítica, siendo escasas en número, son producto exclusivo, con muy contadas excepciones, de hombres incultos. Así vemos en aquellas épocas en las cuales los ingleses de calidad traducían novelas francesas y las universidades de Inglaterra celebraban el natalicio de los príncipes en versos poblados de faunos y tritones, que un calderero predicador pro-

ducía el *Vinje del Cristiano* y un labriego las *Aventuras de Tam O'Shanter*, admirando con su libro á una generacion que reputaba por grandes poetas á Hayley y á Beattie. Pero si los últimos años de Isabel habia decaído ya mucho el arte poética usual y de moda en Inglaterra, quedándole sólo vestigios de la inspiracion primera, y todavía estaba libre y suelta de reglas y preceptos, el culteranismo habia invadido los madrigales y sonetos, como que los *concetti* ridículos y los versos sin melodia de Donne constituian, en tiempo de Jacobo I, el modelo favorito de los escritores de Whitehall y del Temple. Mas áun cuando la literatura cortesana estuviera en decadencia, como la literatura popular se hallaba en su mayor grado de apogeo y recogidas en el teatro las musas, á pesar de que quienes lo frecuentaban no tuvieran aficiones más puras y delicadas que lo eran las de los magnates que sólo sabían admirar las pendencias amorosas barnizadas de metafísica, conservaban en cambio vigorosa y lozana la imaginacion, y equivocándose mucho en sus apreciaciones, nunca incurria en error su instinto tratándose de reír ó de llorar. La peste que infestaba la poesia lirica ó didáctica, sólo de una manera leve invadia el drama y á grandes intervalos, y así, mientras las personas cultas, instruidas y elegantes comparaban los ojos de las hermosas con los focos de dos lentes, las lágrimas con globos terráqueos, la modestia con los entimemas, las ausencias con los compases de espera, y los amores no correspondidos con parientes en vigésimo grado que piensan en heredar lo que no está para ellos, la Julieta de Shakspeare, apoyada en el balcon, y Miranda, sonriendo delante del tablero, atraían cada noche una multitud de espectadores tan buenos y tan

sencillos como los amos del *Ralpho de Fletcher*, y que, una vez de vuelta en sus casas, lloraban y gemían en la cama sin cesar hasta quedar dormidos.

Ningun género de ficciones nos seduce tanto como el drama inglés antiguo, porque hasta sus producciones de ménos importancia reúnen cualidades que no hallamos en ninguna otra manifestacion de la poesía, siendo como son, en efecto, el espejo más terso que se haya puesto nunca enfrente de la realidad. Pues si las creaciones de los grandes autores dramáticos de Atenas producen el efecto de relieves magistrales, concebidos de poderosa imaginacion y ejecutados con el arte más esquisito, personificando ideas de una majestad y belleza inefable, son frías, pálidas, rígidas, sin vida en la mirada, y todos sus adornos como todos sus personajes, sus galanes enamorados y sus tiranos, sus bacantes y sus furias, tienen la frialdad marmórea y las apariencias de muerte. A su vez la mayor parte de los tipos del teatro francés parecen figuras de cera, pintadas de colorete y con el pelo rizado, y con actitudes tan forzadas, con mirada tan fija y sin expresion, que ni por un solo instante ilusionan al espectador. Sólo en el drama inglés hallamos la entonacion, el calor, la morbidez y la realidad de la pintura, y esto nos facilita el conocimiento del alma de sus héroes, del propio modo que conocemos la fisonomía de los personajes retratados por *Van-Dyck*.

Consiste la superioridad de las obras del teatro inglés en dos rasgos distintivos principalmente, que los críticos de la escuela francesa consideran como defectos, á saber: en la mezcla de la tragedia y de la comedia, y en el tiempo y espacio en que se desarrolla la accion, pues si lo primero es indispensable

para que sea el drama copia fiel de un mundo en el cual los que ríen y los que lloran se hallan en contacto incesantemente, y los sucesos que se suceden ofrecen un aspecto grave y otro burlesco, lo segundo nos facilita el conocimiento íntimo de los personajes con quienes no podríamos familiarizarnos en las pocas horas en cuyo círculo de hierro encierra las reglas de las unidades al poeta. Sin embargo, bajo este aspecto las obras de *Shakspeare* son milagros de arte, porque vemos en ellas cómo desarrollan gradualmente los caracteres sus más secretos repliegues bajo el imperio de las circunstancias en el curso de obras que pueden leerse en ménos de tres horas: el joven violento y arrebatado tornarse, porejemplo, político y guerrero; el filántropo, cortés y pródigo, desatento, ágrío y despreciador del prójimo; el tirano hacerse moralista y pensador á fuerza de aflicciones y sufrimientos; el veterano, el caudillo famoso por su valor, su sangre fría, su sagacidad y su imperio sobre sí mismo, sucumbir en la lucha empeñada entre su amor, invencible como la muerte, y sus celos, inexorables como el sepulcro; y el hombre noble y bizarro descender de una manera lenta y gradual hasta los últimos límites de la perversidad humana, pudiendo seguir paso á paso en él los progresos del mal desde los primeros destellos de ambiciones desaforadas é ilegítimas, hasta la cínica melancolía de los escrúpulos impenitentes. Y á pesar de ser así, á pesar de adquirir rápido desarrollo los caracteres en las obras de *Shakspeare*, no se advierte una sola transicion violenta en ellas, como ni tampoco la falta ni la sobra del menor detalle, pues por grandes que sean los cambios y por estrechos que sean los límites en los cuales se verifican, no más nos extrañan y sorprenden que la impercepti-

ble alteracion de las fisonomías que nos son familiares y estamos viendo á todas horas; siendo, por tanto, parecido el arte mágico del ilustre poeta inglés al de aquel derviche de quien habla el *Spectator*, y que logró condensar todos los acontecimientos de siete años en el instante único que tuvo el Rey la cabeza bajo el agua.

Bueno será decir que las obras dramáticas producidas entónces por aquellos que no se hallaban dotados de superior ingenio, las de Johnson, por ejemplo, valian infinitamente más que las mejores de imaginacion en las otras ramas del arte. De aquí que si bien comprendemos la decadencia necesaria de la poesía en Inglaterra por efecto de las causas expuestas anteriormente, nos hallamos tambien persuadidos de que hubiera logrado morir mejor á no precipitar su decadencia las agresiones exteriores, manteniendo en actividad el drama las facultades del ingenio, hasta ser reemplazado en cierto modo del buen gusto, para no dejar intervalo casi entre la época de invencion sublime y la de imitacion agradable; como que las obras de Shakspeare, cuyo mérito no se apreció con alguna exactitud antes de mediar el siglo xviii, habrian podido ser declaradas modelos perfectos en el arte la segunda mitad del xvii, y tener por tal manera los grandes ingenios de la época de Isabel, del propio modo que el autor del *Hamlet*, por sucesores inmediatos casi una generacion de poetas muy semejante á la que honra la literatura inglesa en nuestros dias (1).

Pero los puritanos ahuyentaron la imaginacion del asilo en que se habia refugiado últimamente, prohibiendo las representaciones teatrales y maldiciendo

(1) 1823.

en masa la raza entera de los autores dramáticos como enemiga de la religion y de la moral; y si bien es cierto que pueden hallarse máximas é ideas muy censurables en los autores que condenaban los puritanos, es discutible cuando ménos si adoptaron el mejor medio de contener el mal. De nosotros diremos que dudamos de su eficacia, y áun ellos mismos debieran dudar tambien, cuando vieron al mal espíritu expulsado volver al cabo de algunos años á su antigua vivienda en compañía de otros siete peores que no él.

Con la ruina del drama reinó sin competencia la escuela de poesía, por decirlo así, al uso; escuela sin verdad en el modo de sentir ni armonia en la versificacion, falta del poder que tuvo en los tiempos anteriores y de la correccion que alcanzaria en los porvenir; pues la suma de sus títulos y merecimientos estaba reducida sólo á poseer cierta viciada inteligencia y disposicion y cierta enfermiza facilidad para descubrir semejanzas y analogias entre objetos heterogéneos en apariencia. Suckling habia muerto; Milton estaba embebecido en las controversias políticas y religiosas; y si Waller diferia de la escuela de Cowley era para ser peor que sus discípulos, pues con ménos poesía que todos ellos tenía ménos ingenio ciertamente, no siendo más agradable la flojedad y languidez de sus versos que la sequedad y aspereza de los otros. Sólo Denham hacía presentir la aurora de mejor manera de escribir.

Mas, por abatida que se hallara la poesía inglesa durante la guerra civil y el protectorado, áun debia de caer en mayor miseria; que hasta entónces habia sido original, permaneciendo geográfica y espiritualmente insulares, por decirlo así, los ingleses, por haberse verificado sus revoluciones literaria

como las políticas sin la menor intervención extranjera. Si hubiera proseguido este modo de ser, prevaleciendo los mismos saludables principios de razonamiento que á la sazón se aplicaban con éxito felicísimo á todas las ramas de la filosofía, es indudable que habria sido eficaz á establecer un código de crítica más pensado y discreto, pues comenzaban á descubrirse ya los primeros síntomas de importante progreso, y la prosa estaba suelta y libre de aquellos retruécanos estrafalarios que desfiguraron la mayor parte de las composiciones en verso; trasformacion á la cual contribuyó por mucho la correspondencia diplomática y las discusiones parlamentarias de aquella época tan perturbada, siendo necesario entónces, cuando predominaba la prensa y la tribuna, escribir y hablar de modo inteligible y práctico. Acaso los absurdos de los puritanos ejercieron mayor influencia todavía, porque cuando se hallaba extendido universalmente casi el estilo detestable que tanto desfigura las producciones de Hall y de lord Bacon, apareció la traducción de la Biblia, obra maravillosa que bastaría por sí á demostrar la hermosura y vigor de la lengua inglesa si llegasen á faltar los demas monumentos de su literatura, pues el respeto de los traductores al original no les consintió añadir los adornos usuales entónces y corrientes. Bien será decir que la parte principal de este trabajo era de una época ya pasada; mas de todas maneras, es indudable que si el uso familiar que hacian los puritanos de las palabras de la Escritura fué ridículo, dió buenos resultados, siendo afectacion que hizo desaparecer otra infinitamente más desagradable.

Pero si la poesía sublime se halla exenta de las reglas á que se ajusta el estilo de la composicion en

prosa, no acontece lo propio con la otra manera de poesía que le sucede, y por tanto en algunos años el buen sentido y el buen gusto que desarraigaron la insípida afectacion, así de las obras de moral como de política, tambien habrian producido una reforma parecida en las odas y sonetos á seguir las cosas su curso natural. En efecto, estaba relajada ya la doctrina de los sectarios victoriosos; y como nunca es ascética la religion dominante, comenzaba el Gobierno á cerrar los ojos á las representaciones dramáticas, y con esto á crecer de nuevo la influencia de Shakspeare. Pero se acercaban dias muy tristes para la literatura inglesa, que habia de sufrir el yugo de la dominacion extranjera. Cárlos volvia rodeado de los compañeros de su largo destierro para regir los destinos de un pueblo que, ó no debió expulsarlo en ningun caso, ó en ningun caso tampoco abrirle las puertas de la patria. Los años pasados en el extranjero lo habian hecho en cierto modo impropio para gobernar á ingleses; como que vió en Francia humillada la magistratura rebelde, y triunfante de toda oposicion la régia prerogativa, con estar ejercida por un eclesiástico italiano en nombre de un niño; espectáculo que naturalmente habia de ser muy del agrado de quien sabia por dolorosa experiencia cuán funestas fueron las oposiciones parlamentarias á su familia. La única buena cualidad que lo adornaba era la cortesía, cuya importancia le hicieron comprender los ultrajes de los escoceses, y en cuyo ejercicio brillaba secundado de su natural apático y feble, y cediendo al influjo que la elegancia de las maneras francesas ejercia en su ánimo. Y como con las máximas políticas y las costumbres sociales de su pueblo favorito adoptó tambien los gustos literarios,

una vez en el trono los puso en moda, protegiéndolos directamente; pero aún más á efecto de la política despreciable que hizo de Inglaterra durante algun tiempo la postrera de las naciones, elevando á Luis XIV al más alto grado de poder y gloria en que hasta entónces se hubiera visto ningun monarca frances.

Para lisonjear á Cárlos se introdujo el verso en las obras dramáticas del teatro inglés, y por tal manera el drama, que á la sazón iba saliendo del abatimiento en que se hallaba, recibió un golpe mortal de necesidad en todo tiempo. Pues se amalgamaron entónces ó lucharon dos estilos, ambos deplorables, indígena el uno, de importación extranjera el otro; y como el modo ampuloso, hinchado y vacío de la nueva escuela se confundía con los ingeniosos absurdos de la antigua, la mezcla dió por resultado una cosa nunca vista y que no volverá tampoco á verse, á nuestro parecer; una cosa que hace bueno lo más detestable de los tiempos anteriores, imposible de parodiar, y que, áun imitándola irónicamente, se lisonjea sin quererlo; cosa, en fin, de la cual es muestra la tragedia de Bayes: como que las palabras de lord Dorset á Eduardo Howard hubieran podido aplicarse á todos sus contemporáneos, cuando le dijo: «Al modo que los buzos expertos en el oficio bajan al fondo más prontamente que los torpes ó que no saben, así en esa manera de escribir sin pensar, tú aventajas á todos en lo de caer más bajo que ninguno.»

No deberán incluirse, para proceder en justicia en este memorial de agravios, ciertos hombres de la buena sociedad que al propio tiempo eran ilustrados, entre los cuales Dorset figura en primera línea, pues áun cuando no fueran ciertamente gran-

des poetas, ni siquiera buenos versificadores, sus escritos tenían sentido, y á las veces ingenio tambien. Pero nada es tan eficaz á demostrar el estado abyecto en que habia caído la literatura entónces como la superioridad inmensa de los versos escritos negligentemente por algunas personas de calidad, cuando los comparamos con las producciones más atildadas de casi todos los autores de profesión; siendo el gusto reinante tan detestable, que la fortuna de un autor se hallaba en proporción inversa de sus trabajos y de su afán de perfeccionarse. Exceptuaremos tambien á Butler de la regla general, porque tuvo tanto ingenio y cultura como Cowley, porque supo utilizarlos, cosa que nunca logró hacer éste, y porque poseyó además perfectamente la lengua inglesa, distinguiéndose de sus contemporáneos en la manera de escribir familiar y sencilla. Nada diremos de Gondibert, sino es que lo juzgue quien haya podido leer algo suyo. Pero la poesía, expulsada de los palacios, de los teatros y de los colegios, halló asilo en la oscura vivienda en donde habitaba el varón eminente, anacronismo de su siglo y guardador celoso de la integridad y pureza de un ingenio y carácter dignos de mejores tiempos, en medio de la desgracia, de la miseria, del sufrimiento y de la ceguera.

Pero si todo lo que se refiere á Milton tiene algo de maravilloso, nada lo es tanto en verdad como la composición del primero y más grande poema épico de los tiempos modernos en la plenitud de un siglo tan aciago para la poesía, cual fué ciertamente aquel en que se produjo; poema cuyo mérito acaso sea necesario atribuir en parte á la ceguera misma del autor. Pues como la imaginación tanto es más activa cuanto más apartada se halla del mundo exte-

rior, razón por la cual en el sueño son perfectas sus ilusiones y producen el efecto de realidades, y en la oscuridad ve siempre más claro que á la luz, siendo frecuente que los artistas ántes de reproducir de memoria una imágen cierren los ojos para recordar más distintamente sus rasgos y su expresión, nos inclinamos á creer que la enfermedad de Milton pudo ser eficazísima á preservar su ingenio de las influencias de una época tan desfavorable. Así y todo, no alcanzaron las obras de Milton al principio sino muy poca celebridad; que hubo de pagar el poeta eminente con el menosprecio de sus contemporáneos la culpa de su mérito indisputable, no siendo admirada su obra universalmente sino cuando escritores ínfimos en comparación suya consiguieron, á fuerza de concesiones obsequiosas al gusto público, alcanzar bastante influencia sobre él para reformarlo.

Fué Dryden el más principal de todos ellos, habiéndose distinguido desde el primer día entre la multitud de autores que acudieron á ser cortesanos de la restauración de Carlos II, escribiendo en honor suyo todo género de composiciones á cual más ampulosa y absurda. Ninguno ejerció más influencia sobre su época, siendo la razón de esto natural y sencilla, pues consistió en que ninguno tampoco se dejó influir más de ella. Dryden fué acaso el principal de los poetas que llamamos críticos, y su vida literaria reprodujo en pequeña escala el movimiento y la historia de su escuela, con la torpeza, las extravagancias y los extravíos de su juventud, y el decoro, la gracia y el buen sentido y la discreción de la plenitud de su madurez; como que su imaginación permaneció aletargada y torpe hasta el momento en que la sacó de aquella manera de sopor

su buen juicio: pudiendo decirse que comenzó con frases vacías de sentido y comparaciones forzadas, y adquirió poco á poco la energía del satírico, la gravedad del moralista y los trasportes del poeta lírico; y que además se observa en sus obras toda la revolución verificada por la literatura inglesa desde Cowley hasta Scott.

Consta de dos partes la vida de Dryden; y aun cuando separa las fronteras comunes de ambos períodos un espacio discutible, puédesse perfectamente trazar la línea divisoria con mucha exactitud, inclinándonos á señalar con la fecha de 1678 la de un gran cambio verificado en la manera del poeta. Porque si la época precedente vieron la luz pública varios panegíricos cortesanos, fruto de su ingenio, su *Annus mirabilis*, la mayor parte de sus obras dramáticas, y, en una palabra, todas sus tragedias en verso, los mejores dramas de Dryden pertenecen á la época siguiente: *Todo por el amor*, *El fraile español* y *Sebastian*, las sátiras, las traducciones, los poemas dramáticos y las odas.

Nada queremos decir de las pequeñas composiciones en verso que hizo para dedicarlas á los cancilleres y á las damas ilustres, porque, á nuestro parecer, la ventaja más señalada que puedan reportar las bellas artes de la difusión de los conocimientos consiste, á no dudarlo, en hacer innecesario é inútil de todo punto el patrocinio de los individuos. No faltan, sin embargo, escritores que suelen echar de ménos los tiempos de la protección; pero solamente los adocenados deben dolerse de la falta de nuevos Mecenas en épocas de ilustración general. Porque si éstos son necesarios bajo el imperio de la ignorancia, cuando diez mil lectores aguardan impacientes la publicación de un libro, basta y aun so-



bra para recompensar generosamente al autor la contribucion de cada uno. Pero si la literatura es lujo permitido sólo á determinado número de personas, quien lea deberá pagar cara su aficion. La emperatriz Catalina, por ejemplo, cuando queria un poema épico, tenía que pagar sueldo con que viviera el poeta, del propio modo que quien quiere chuletas de ternera en lugar apartado y de pocos vecinos habrá de comprar la res entera; lo cual no sucede nunca siendo muchos los consumidores. Y como las gentes que pagan caro la satisfaccion de su gusto esperan siempre hallar algo en ella que satisfaga tambien su vanidad, la lisonja toma proporciones indignas, y en fuerza de usarla se produce inevitablemente casi, el mal gusto, pues su lenguaje no consta sino de lugares comunes hiperbólicos, desagradables por la vulgaridad y la extravagancia; no habiendo escuela, diremos de paso, en que más pronto se aprenda y más fácilmente á rebasar de la moderacion y á extralimitarse, ni escritores más propensos á recurrir á la hipérbole para todo que quienes contraen la costumbre de reputarla por agradable y necesaria para un caso determinado y concreto. No deberá, pues, parecer extraño que los primeros panegíricos de Dryden sean confusa mezcla de servilismo y de afectacion enfática; pero, si bien rebosan de las frases hinchadas que pusieron á la moda sus predecesores, su estilo y su versificacion aventajan con exceso á cuanto produjeron aquellos.

El *Annus mirabilis* da muestra de mucha riqueza de lenguaje y de conocimiento exacto del ritmo propio al verso heróico; pero su mérito no va más allá; razon por la cual no sólo carece de títulos al nombre de poesia, sino que se antoja ser obra de

quien nunca podría ser poeta en la verdadera acepcion de la palabra. Las comparaciones ampulosas y afectadas abundan en ella, y con ser muchas y del peor gusto, constituyen la mejor parte del poema, tal vez por igual motivo que un campo cubierto de malezas y de abrojos ofrece un aspecto más agradable á la vista que no inmensa y árida llanura; pero ni una sola estancia de las contenidas en tan larga composicion revela inventiva, pareciendo ántes construccion artística que no creacion de la fantasia.

Pondremos un ejemplo favorable á Dryden, toda vez que Johnson elogia los versos que vamos á citar. Dice el poeta, describiendo el combate naval con los holandeses:

«Una granada penetra entónces en el cargamento, y los géneros con que trafican y enriquecen los enemigos, se desparraman en todas direcciones transformados en armas mortíferas contra ellos, cayendo los unos heridos de fragmentos de porcelanas preciosas, los otros abrasados en las perfumadas llamas de la especeria.»

El deber del poeta en el caso que nos ocupa es colocar al lector, en la medida de lo posible, en el caso de las víctimas ó de los espectadores del desastre, y cumpliéndolo, su relacion habrá de causar sensaciones y movimientos semejantes á los que produciria el suceso mismo. Pero ¿acontece así en la ocasion presente? ¿A quién se le ocurre nunca pensar en un combate naval en el mérito de la porcelana que, al quebrarse y saltar en pedazos, contusione ó hiera ó mate al marinero, ni en el perfume de las llamas que lo quemem? Pues no á virtud de un acto de la imaginacion eficaz á evocar repentinamente conmovedor espectáculo á los ojos del es-

píritu, sino, al contrario, por consecuencia de laboriosas meditaciones, revolviendo el asunto en todos sentidos, y siguiendo los hechos hasta sus consecuencias más remotas, es como logra el narrador introducir en la descripción cosas tan extrañas como estas. Cierto es que Homero emplea epítetos continuamente que no se hallan bien apropiados al momento en que habla. Pues Aquiles tiene siempre ligeros los pies, aún cuando esté sentado, y Ulises, aún cuando nada sostenga es siempre sustentáculo, y todas las lanzas proyectan largas sombras, y todos los toros ostentan cuernos de magnitud extraordinaria, y todas las mujeres lucen alto y mórbido seno. Lo propio acontecía con las antiguas canciones y baladas; pues en ellas es siempre amarillo el oro y alegres las mujeres, aunque ni una cosa ni otra tengan nada que ver con el asunto de los versos. Pero estos adjetivos son adiciones usuales y corrientes, y se diluyen, por decirlo así, desapareciendo en los sustantivos á que pertenecen, siendo el color que añaden á la idea tan débil de suyo que no altera su efecto, lo cual no acontece ciertamente, por ser el caso muy diverso, en el pasaje de Dryden citado antes. Porque *preciosas y perfumadas* atraen por completo la atención de quien lee y borran instantáneamente del ánimo la idea de la batalla. Resumiendo: el *Annus mirabilis* nos recuerda lo peor de Luciano, el combate naval en el golfo de Marsella, por ejemplo; y no deberá quedar exento de la censura que merece todo el poema, sino la descripción de las dos escuadras durante la noche.

Acaso por haber formado su juicio sobre Dryden con la lectura de este libro, dijo Milton que no era poeta sino buen versificador. Razon tuvo, de ser así; pues por lo demás, y como ya lo hemos ex-

puesto anteriormente, fué uno de esos escritores en quienes la edad de la imaginación sigue á la de la observación y de la reflexión en vez de precederlas.

Las obras dramáticas de Dryden, principalmente las rimadas, ofrecen vasto campo al estudio de los que desean conocer la enfermiza constitución del drama, pues ni era capaz de representar con verdad los personajes, ni tenía tampoco el talento más inferior aún de formar caracteres combinando los elementos á que puede reducirse, por los medios imperfectos de nuestra razón, la naturaleza humana; que sus hombres ni son buenas personificaciones, ni ofrecen un conjunto armónico de cualidades y circunstancias. Cierto es que á las veces se apodera de un rasgo muy característico y pronunciado del individuo que se propone representar; pero en esos casos nos ofrece su caricatura no su retrato, en razón á que sólo una particularidad esencial ó accesoria resalta en su pintura, quedando todo lo demás tan descuidado, como en el marqués de Granby, á quien nadie reconocería sino fuera por la calva, ó en Wilkes, de quien sólo reprodujo los feos ojos; y cuenta que citamos con estas muestras las mejores del repertorio de Dryden; que los más de sus cuadros parecen haberse compuesto con el propósito de no imitar cosa ninguna, como acontece á los tapices de Turquía, cuyos tejidos y labores son tan absurdos é inverosímiles que nunca semejan nada de cuanto hay en el cielo, ni en la tierra, ni en las aguas.

Dryden practica principalmente la última de estas maneras en las tragedias y la primera en las comedias, resultando, por lo tanto, tan despreciables y odiosos sus caracteres cómicos, que si los tipos de

Etherege (1) y de Vanbrugh (2) lo son de maldad y perversion, y aún peores los de Smollet, nada es parecido á los Celadones, Wildbloods, Woodalls y Rhodophils de nuestro autor; porque sus vicios resaltan de tal modo á fuerza de orgullo, dureza é impudencia, que nada puede serles comparado: sus amores son semejantes á los apellidos de los animales, y sus amistades á la complicidad de los pícaros; y las damas que figuran en ellos parecen creadas expresamente para ser dignas compañeras de tales canallas: y si bien es cierto que cuando insultan á sus padres y los engañan no abusan de la licencia que tienen para estos casos, de tiempo inmemorial, las heroínas, en cambio hacen fulleras jugando á las cartas, abren con ganzúas las arcas de hierro, apostrofán á sus rivales en lenguaje de piazuela, y provocan á los hombres con palabras deshonestas; y cuenta que no son los personajes de ambos sexos de Dryden lacayos y mujereillas, Mascarillas y Né-rines, sino los héroes y heroínas principales, que aparecen como representantes de la buena sociedad, que se casan al llegar al quinto acto y que viven luego en paz y en gracia de Dios. Nada es parte á compensar los vicios de estas gentes, ni con una sola cualidad contraria, ni con las apariencias de ella, ni siquiera con un espontáneo y honrado arranque de odio sincero y de afán de venganza; pues el caos de sensualidad, bajeza é infamia revelado por Dryden es un antro donde no existe ni por asomo la verdad, ni los sentimientos humanos, ni la

(1) George Etherege, dramático inglés de mediados del siglo xvii.—N. del T.

(2) Militer autor dramático y arquitecto del siglo xvii. N. del T.

idea más remota del pudor, y que toda persona bien nacida y de buenos instintos condenada á vivir en él trocaría ciertamente, pudiendo hacerlo, por la compañía de los demonios de Milton.

En cambio, cuando penetramos en la region de la tragedia, Dryden ofrece notabilísima novedad, y tanto abunda en buenos sentimientos que Metastasio mismo, con ser este su terreno, queda eclipsado, y Scuderi vencido, pues nos enseña una colección de seres nunca vistos, cuya conducta no podemos atribuir á ningún motivo, y cuya idiosincrasia es tal que se nos hace tan incomprensible y tan inexplicable como si se tratara de un sexto sentido. Acabamos de separarnos de una generación de criaturas cuyo amor es tan delicado y tierno como las aficiones culinarias de los gastrónomos, y trabajamos conocimiento con otra generación cuyo amor consiste sólo en emociones desinteresadas y puras, en una fidelidad que raya en los límites de la obediencia pasiva, en una manera de religión *quietista*, y que se sostiene por su propia virtud en el aire sin el apoyo de ninguna esperanza ni temor; como que no vemos en ella otra cosa sino despotismo impotente y sacrificios sin compensaciones.

Expondremos algunos ejemplos. En la tragedia titulada *Aurengzeb*, Arimanto, gobernador de Agra, queda cautivo de las gracias de su prisionera Indamora; la cual, no satisfecha con rechazar desdenosamente sus declaraciones amorosas, le dice que hará uso de su poder sobre él, rindiéndolo y someténdolo por su esclavo. Amenázala, entonces, Arimanto, y ella le responde: «Tu cólera, como tu amor, me son indiferentes; lo que quiero de tí es sumision, al punto de que te plazca cuanto fuere de mi agrado; y como sé lo que puedo para doblegar-